

CANTO RODADO
ANA GAITERO

POESÍA

When power corrupts, poetry cleanses». (Cuando el poder corrompe, la poesía limpia).

El presidente estadounidense John F. Kennedy pronunció estas palabras en 1963 en el Amherst College. Hablaba del rol de los artistas en la sociedad y de la naturaleza de la fuerza y el poder.

Hoy más que nunca, o tal vez igual que siempre, la poesía emerge por encima del fango de la corrupción. Nos limpia el aire en estos tiempos en que las cifras millonarias de dinero obtenidas ilícita e inmoralmemente nos aturden. ¿Qué son 80 millones de euros, los que se han detectado en comisiones en la trama eólica de Castilla y León?

Para quienes no tienen trabajo, para quienes viven de una pensión o de las ayudas, para la clase trabajadora que tampoco llega a fin de mes, en fin para casi todo el mundo, son números ajenos a las matemáticas de andar por casa y contar garbanzos o cuotas de la hipoteca.

Nadie sabía nada de la corrupción. Rajoy, Cifuentes, Herrera... lamentan lo ocurrido y claman justicia como si todas las ranas de la charca del PP — Gurtel, Púnica, Lezo— fueran marciannas. Rajoy mira para otro lado y se va a Canarias a dar lecciones de empatía: «Hay que saber ponerse en el lugar del otro», ha dicho pidiendo el voto para sus presupuestos. Lo dice quien ha desplegado indiferencia absoluta ante el sufrimiento causado por una crisis provocada e interesada.

Nunca ha habido tanta poesía, y tantos y tantas poetas, como ahora. Son como agua de mayo. Dulces gotas de lluvia para el secarral que ha dejado un invierno sin ubres y una primavera castigada con las mortíferas heladas tardías que han quemado nogales, viñedos y campos de cultivos, mientras el fuego calcinaba el valle del Silencio.

Poesía necesaria en el día en que Francia, la patria de la libertad, igualdad y fraternidad (también hace falta la sororidad), se la juega en las urnas



NUNCA HA HABIDO
TANTA POESÍA Y
TANTOS Y TANTAS
POETAS COMO AHORA.
SON COMO AGUA DE
MAYO. DULCES GOTAS
DE LLUVIA PARA EL
SECARRAL

ante el clásico chantaje del liberalismo o el caos. Macron o Le Pen. Hoy no me gustaría ser francesa y tener que ir a votar. Pero sé que lo pase en La France me incumbe. Nos salpicará de cualquier manera. Con Macron o con Le Pen.

Poesía de la igualdad como la que hilvanó Pilar López, la presidenta de Microsoft Ibérica, en su discurso como Leonesa del Año. Una pequeña historia como la de las chicas de la calle Postas de Astorga que cose la gran historia del avance de las mujeres en el mundo. De lo local a lo global. Filosofía de vida y de empresa. A Pilar López le dijeron los excelsos varones del jurado del premio instituido hace 46 años por Radio León que no la elegían por ser mujer, sino por su valía. Como si ser mujer fuera algo que quita puntos o devalúa. ¿Se imaginan diciéndole a Amable Liñán o a Carmelo Gómez que no le elegían por ser hombre sino por sus méritos como leonés?

Poesía para vivir y para vestir como las razones del libro de Mar Mirantes que inspira la nueva colección de María Teresa Morán, al alimón con Nacho Aller como ilustrador. Poesía para bailar, como el espectáculo *Vamos a jugar a los chinos* con que nos deleitaron en El Albéitar Isabel Álvarez y Ángel Zotes para celebrar el Día Internacional de la Danza, con música de Fer Ballarín, Mónica Jorquera y Marta Fierro.

Gente que se atreve a poner la belleza y la creatividad como brújulas de su vida en un mundo que expulsa a la filosofía de la escuela y margina a la música y a las artes plásticas del currículum educativo. Pilar López pidió una asignatura de Informática. Pero de nada nos valdrán tantos aparatos y programas sin un poco de poesía y de filosofía. Y sin razones con corazón. Las que faltan en la obra del Grano.

Por cierto, ¿alguien oyó qué le pidió Silván a la presidenta de Microsoft? Porque dijo que le iba a pedir algo, pero al final no se lanzó al ruedo...

VANESSA
CARREÑO

¿QUIÉN HA GANADO?

Esa es la gran pregunta, la que todos hacemos y nos hacemos. ¿Quién ha ganado? Cada vez que hay elecciones pasa lo mismo. Cada vez que hay una manifestación, lo mismo. Y si hay huelga, igual. He ganado yo. No, he ganado yo. Todo es ganar, ganar y ganar. Eso es lo único que importa.

¿Y si pudiéramos ganar todos? ¿Y si pudiera haber muchos ganadores? No digo en los partidos de fútbol o en una carrera, ahí entiendo que sería una utopía. Pero sí en la vida. Sí en las relaciones. Sí en los conflictos. Sí en las discusiones. Sí cuando yo veo una cosa de una forma y tú de otra. O cuando a mí me gustaría hacer las cosas a mi manera y a ti a la tuya.

El problema es que desde pequeños nos enseñan que siempre tiene que haber un ganador y un perdedor. Y, por supuesto, le dicen que usted tiene que ser el ganador. ¡Más le vale! Incluso la palabra juego, que tanto escuchamos de niños y que debería ser algo lúdico y divertido, lleva implícito un «tengo



que ganar» y un «no puedo perder»...

Y así es como nos convertimos en adultos empeñados en tener la razón, en ser el que llegue más lejos, en llevarnos el gato al agua. Y, al final, todos viviendo en una especie de insatisfacción continua y con la sensación de que nunca es suficiente.

¿Sabe de lo que hablo? Seguro que usted también conoce a personas que compiten con todos y que viven para quedar por encima y para ser los mejores, estén donde estén. A personas que se empeñan en golpear más fuerte si creen que alguien les ha faltado al respeto. A padres que les dicen a sus niños «mira hijo, tú el primero, tú tienes que ser el mejor, lo importante es ganar».

Todo porque nos hemos creído el cuento de que el mejor es el que gana y porque nos hemos convencido de que la batalla es con los demás, cuando la única batalla posible es con uno mismo... Ay, ¡cómo cambian las cosas cuando uno comprende esto! Ahí es cuando puede empezar a compartir sus éxitos y a dejar de vivir la vida como si fuera una competición. Y entonces, sólo entonces, habrá ganado la batalla.

www.coachingtobe.es



ENRIQUE VAZQUEZ

TRUMP, ABBAS... Y HAMAS

El 22 de marzo de 2004 la aviación israelí mató a Ahmed Yassin, fundador y líder de Hamas, y el 17 de abril siguiente a su sucesor, Abdulaziz al-Rantisi, tenidos por los más correosos enemigos de Israel. Pero el lunes pasado el heredero de ambos y jefe político del partido, Jalid Meshaal, anunció que «acepta un Estado palestino con las fronteras del 4 de junio de 1967 y capital en Jerusalén-Este». Es decir, asume la política oficial de la OLP, que reconoce la existencia legal de Israel en las fronteras de la partición de 1947. El cambio es muy importante y que coincide con la visita que ayer hizo el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Abu Abbas, a Donald Trump indica una sabia

coordinación entre ambos. La decisión de Hamas es muy relevante y confirma, además de una dosis inesperada de pragmatismo y gran sentido táctico, la confirmación del liderazgo de Jalid Meshaal, su jefe histórico, que ha debido vender el histórico paso a las bases e imponerse a las corrientes radicales del interior de la Franja. Probablemente él ha recibido información a través de gobiernos árabes —singularmente el de Qatar, que le respalda y financia y en cuya capital, Doha, se hizo el anuncio— de que la administración Trump apreciaría mucho un gesto semejante tal vez presentado también como un logro norteamericano en un momento en que Washington entiende mantener su papel central en un eventual arreglo desde la tesis de los dos Estados, unánimemente aceptada por la

comunidad internacional. Trump se dice persuadido de la posibilidad de alcanzar la paz entre los irreconciliables adversarios y ha adoptado frente a la crisis una posición que, como en otros asuntos, ha de ser recibida con cautela y está repleta de cambios de rumbo y pistas falsas. Trump recibió con toda prontitud en la Casa Blanca al primer ministro israelí, Benyamin Netanyahu, a quien llama Bibi como sus íntimos, y dijo también que trasladaría la embajada norteamericana de Tel-Aviv a Jerusalén... aunque eso fue una promesa de campaña archivada ya. El anuncio de Hamas es relevante y llega a la hora justa. Sobra decir que en Washington aún ejercía el gobierno Obama, pero tal vez no es inútil añadir que hay indicios de que Trump no aceptará imposiciones de Israel. Cuestión de carácter.